

La narrativa de Di Benedetto —"El pentágono", "El silenciero", "Los suicidas", "Mundo animal", "Declinación y ángel", "El cariño de los tontos", "Absurdos"...— se construye a partir de elementos muy simples. Sin embargo, pese a esa aparente sencillez, sus historias son hondas en cuanto al contenido, y ricas por su forma. Sus personajes nos llevan por caminos insospechados y dejan en nosotros la impresión de sobrevivir al texto estricto. En alguna ocasión se le ha vinculado al existencialismo por sus desoladas exploraciones de paisajes y situaciones mentales. El propio Di Benedetto ha declarado que hay una preocupación moral que informa sus cuentos y novelas: "preocupación de que no se cometan transgresiones de las líneas éticas que deben regir al hombre en su trato con el prójimo". Sin embargo, yo creo que es el propio hombre en sí mismo, en la verdadera dimensión de su ser, lo que le preocupa sobre todo. Un hombre que debe hacer frente a la provocación de la nada, a la vecindad de la muerte, al misterio de la existencia, o al absurdo que revolotea como una premonición.

"Zama" puede servirnos de ejemplo. En ella, Di Benedetto describe las vicisitudes de don Diego de Zama, un gobernador del virreinato español del Río de la Plata. Durante nueve años, 1790-1799, don Diego de Zama espera —la novela es "un libro de la espera, no de la esperanza"—. Don Diego de Zama aguarda un nombramiento que lo traslade a Buenos Aires, Santiago de Chile o a la misma Corte. Y en esa espera, el personaje asistirá a su propia y total destrucción. Durante esa espera, el personaje verá producirse, inexorablemente, la progresiva descomposición de su vida y de sus sueños. Una destrucción que se produce a dos niveles: desde la realidad externa al propio protagonista, y desde su interior. En definitiva, "Zama" se perfila como el relato de la soledad y la frustración humana, que no es otra cosa que un estado precursor de la muerte.

La novela —como en otras obras de Di Benedetto— hace gala de una escritura esencial, matemática, casi telegráfica, de una precisión que repudia elementos superfluos. En "Zama" el lenguaje aparece cubierto de un

cierto barniz arcaizante, pero, en realidad, pleno de incitaciones actuales que hacen del tiempo pretérito en el que se inserta don Diego de Zama algo perfectamente contemporáneo. Plena-mente equilibrado y progresando

a la par que la acción, el texto, extraordinariamente límpido y ponderado, viene a reforzar lo complejo, lo ambiguo y desgarrado, la dolorosa violencia de las situaciones y comportamientos de don Diego de Zama. Un perso-

naje desbaratado, confundido y asediado por el absurdo y la nada. Alguien —quizá todos nosotros— que, como Besarión de "El silenciero", busca la señal para salir de la espera. Una señal que nunca llegó. ■ SABAS MARTIN.

ADIOS A LAS LETRAS

Resurrección en otoño

En multitud de países del Caribe se practican todavía ritos en los que los indígenas se preparan para recibir al descubridor, al invasor, al prepotente. El ejercicio de recepción se organiza al milímetro: es como si se estuviera tratando de allanar el camino de una resurrección. Luego llega Cristóbal Colón y todos se acercan al que hace, en la obra teatral de los indígenas, de Rodrigo de Triana, quien, entre confundido y estereotipado, trata de ocultar su catalejo entre las piernas.

La maniobra de ocultación del otoño es común en multitud de culturas, y no sólo es patrimonio de las caribeñas. Lo que hacen los indígenas de esta zona del mundo es ocultar el otoño, o prepararse para su llegada. El otoño, dicen ellos y se dice ya en los países del Occidente europeo, es época de descubrimientos. Los descubrimientos políticos son galácticos, impermeables, se pueden deducir de la soledad del político que mande o de las conversaciones a media voz que éste mantenga con la alternativa.

Hay otro descubrimiento mucho más vegetal: el descubrimiento literario. Para ello ya hay ritos, que van desde el premio millonario hasta el libro del otoño, que inventó una editorial catalana. Antes, el otoño lo protagonizaban Carlos Barral y sus nuevos novelistas. Ahora lo ha acaparado para sí Argos Vergara.

Este año, más que descubrimientos literarios, va a haber resurrecciones. La editorial ya indicada ha puesto faja a un libro antiguo de Doris Lessing, "Un casamiento convencional", una novela que los ingleses leyeron en 1964. Los españoles vamos a tener que leerlo quince años más tarde como si estuviéramos engullendo una novedad. La corsetería literaria es capaz de los más notables milagros. Pronto escucharemos cómo en el suelo patrio se habla de la novedad novelera de esta escritora iraní (nacida en Irán, pero luego vivió en Sudáfrica), que hizo con el "Cuaderno Dorado" una arma feminista de la mejor ley. En España ocurre lo que pasa en el Caribe: se confunde siempre el descubrimiento con la resurrección, con el revival.



Doris Lessing.

El revival se convierte, a veces, en maniobra de resurrección, claro. Resucitar a Cristóbal Colón ha sido propósito reiterado de anglosajones y españoles, que han querido cubrir la gesta del protegido una vez que éste mostró el camino y las carabelas. De modo que no debe extrañar que, en terreno tan movedizo como la literatura filosófica, esta manía se trate de igualar. Aquí se trata de resucitar ahora a Miguel de Unamuno y Eugenio D'Ors. Ortega y Gasset siempre estuvo resurrector, de modo que es difícil que ahora nadie intente levantarle los brazos para que nos vuelva a imprecar: "No es esto, no es esto". Pero a Eugenio D'Ors y a Miguel de Unamuno había que darles un golpe en la espalda, como si la espalda fuera España, para devolverlos a la vida, hacerlos corretear entre nosotros. Máximo, quien me ha escrito diciéndome que ya parezco menos silvestre que codac, pedía hace unos días un Pinochet para estos predios. España no ha olvidado el 98 y se sigue debatiendo entre la falta de esperanza en el pasado, la falta de esperanza en el presente y el terror abisal que nos augura el futuro.

Para los españoles el futuro es siempre el otoño, la galaxia más trasparente, el tiempo inclemente en el que el guerrero busca su refugio. Por eso, cada mañana que el español despierta es como si hubiera asistido a una resurrección: la suya, la de la historia que con él se fue a la cama. Al despertar, vuelve a leer a Unamuno, a D'Ors, a Ortega, relea los diarios de Colón. Como si se pellizcara. ■ SILVESTRE CODAC.